

ILUSTRACION Y DULZURA

Aunque el autor de este libro se pregunte de entrada si nuestra actual situación tiene salida, aunque hable reiteradamente de "ansiedad" y de "crisis" y se aplique a recordar veinticinco siglos de preocupaciones filosóficas afines, se advierte enseguida que para él "tout ir très bien", que preocuparse es normal, y que crisis siempre las habrá, para erudito solaz de los futuros especialistas en preocupaciones. El autor tiene en efecto la muy discutible virtud de descorchar los problemas más trepidos con una afelpada mesura y un avezado espíritu de conciliación; el punto que llega a convertirse en un alegre pasatiempo el reconocimientos, catalogarlos y caratularlos, para dejarlos luego en algún estante más o menos accesible, en tanto nos entregamos a nuestras particulares digestiones. (El autor lo confiesa en el prólogo: durante diez años abandonó "esos problemas", aunque no del todo, porque nadie —dice— puede simplemente salirse de su "época"; en el interin se dedicó a tareas "específicamente" filosóficas, reducción según se deduce del propio contenido del libro, que supone renunciar al sentido vital de la filosofía). Sería una enorme injusticia decir sin embargo que el autor mutila o desvirtúa "esos problemas" (si usamos comillas, es porque no podemos compartir con el autor la responsabilidad de llamar livianamente "esos problemas" a lo que es, nada menos, "el" problema), sino simplemente que los esteriliza, depurándolos de toda incomodidad o virulencia. Nada importante, en verdad, es conflictivo, y todo está ordenado según una visión muy pulcra, muy idónea, y hasta ecuménica, pero falta evidentemente nervio, la pulsación de las impetuosas necesidades, esa conmoción inconfundible de quienes, cuando plantean "el" problema de su salvación, dejan al mismo tiempo la sensación de estar debatiéndose, al borde de la perdición.

El libro llega a ser así un planteo tan ilustrativo como dulzaron de los problemas actuales. El apresuramiento con que son finalmente tratados hace aparecer algo excesiva la extensión de los capítulos iniciales, pero esa desproporción nace de una predisposición casi temperamental del autor, afecto a prodigar pases largos, aún en plena área chica; a sus virtudes —si se me permite— pertenecen al mismo futbolístico —son de mediocampista nato, y aunque, como él dice, se deslice, sabe sacar la pelota bien jugada desde atrás, un honroso cero a cero.

Este convicto y confeso antipoda de Bernanos —la esperanza nace en él, en efecto, no sólo de la esperanza, sino de lo que sufrirá— comienza estudiando lo que considera el período crítico del mundo antiguo, dentro de aquellos sectores más lúcidos que como gajes de una conciencia exacerbada, se sintieron desterrados de la sociedad. Al autor le interesa estudiar la situación tal como se vivió y padeció, así como las respuestas a que dio lugar; el modo de sentirse en el mundo, lo que se puede y lo que no se puede ser en cada época, esa dinámica de la actitud que convierte al pensamiento filosófico no sólo en expresión, sino también en pronóstico o anuncio de liberación. La filosofía, desde que se encarna en una vida, sería así una emergencia "entre aquel momento en que el hombre se siente todavía solo y el instante en que ya se ha renovado". El hombre piensa, es porque se busca; no hay pensamiento sin examen. El propósito del autor es en consecuencia el de desarrollar una filosofía concreta de la historia, incluyendo aquellos problemas de sociología, de economía y de sociología social y política que puedan contribuir a su designio de caracterizar esos desencuentros del hombre con la sociedad. Si el pensamiento denota una realidad, connota a su vez una actitud; lo objetivo es en él una decantación de la subjetividad. Y a JFM le interesa ese pensamiento-actitud, esa respuesta promisorio cuyo primer ejemplo se lo atribuye a Sócrates, en quien la razón aparece como un fango afán de darle consistencia a un mundo de creencias en vías de volatilizarse. Y para ello era más importante ser que decir lo que se pensaba. El filósofo —pese a Marx— no es pues un mero contemplador; es siempre anuncio y agente de transformación (sin que al mismo tiempo deje de ser, ambiguamente, purificación, nostalgia, retroversión depuradora del mito por la vía del logos).

En la Primera Parte del libro el autor dedica sendos capítulos a los clásicos y a los estoicos, a los platónicos, a los "futuristas" (hebreos), a los "poderosos" (incluyendo no sólo a los que mandan, sino también a los "políticos" en general, a aquellos que creen y actúan solamente en la cresta de la ola, abortos en el presente y en sus conveniencias) y al "hombre nuevo" (el cristiano). El autor parte de estudios consagrados, sin pretensiones de sutileza, pero con claridad e incluso amenidad, como para no desalentar a nadie.

En la Segunda Parte aborda la época moderna. El en-

foque sigue siendo existencial, y el aspecto filosófico aparece fuertemente teñido de sociología y de antropología. No se intenta desentrañar el proceso histórico como tal, sino las actitudes a que va dando ocasión. El autor estudia así, sucesivamente, lo que denomina la crisis de los "pocos" (Descartes, etc., hasta el 1700), la crisis de los "muchos" (en el siglo XVIII, cuando la "conciencia desdichada", o escindida, se extiende a sectores más vastos), y finalmente las crisis de los "todos", o sea la crisis actual, preludiada por la Revolución Industrial inglesa, por la Revolución Americana y por la Revolución Francesa. Cierra el volumen un capítulo sobre la sociedad contemporánea, en donde el autor trata de no dejar cabos sueltos, haciendo una recorrida algo premiosa entre los problemas más importantes del presente. Agrupa para ello esos problemas en base a tres aspectos: en primer lugar, la técnica, sus razones, su mística y su justificación; luego, la organización de la sociedad, la renovación que puede propiciar en el individuo, el problema económico, la masificación, la inteligencia, etc., y en tercer lugar, el problema individual, centrado en la cuestión de la fe, en la "conciencia desgarrada", el desarraigo, la inseguridad y la necesidad de absoluto. En este último planteo, el autor desestima toda trascendentalización de las cuatro instancias que considera sin embargo insoslayables: Dios, la naturaleza, la sociedad y el hombre. Concibe a ese respecto un "equilibrio dinámico", acentuando ora una, ora otra de esas cuatro referencias. Confiesa no saber en qué sentido se irá consumando nuestra renovación, no descartando ninguna solución, ni la cristiana, ni las estrictamente sociales, ni las que extremen la intervención de la razón. La "tarea" —dice— es infinita. El "progresismo", o meliorismo, adquiere así, en manos del autor, un grado de elasticidad imprevisible. No habría ningún saber superior a ese no saber, constelado de esperanzas que han perdido la esperanza. Todo se reduce a aplicar un blando e inocuo "¿por qué no?" a cualquier intento de explicación. La frase con que se cierra el libro es muy ilustrativa a ese respecto; el autor, luego de aludir a la interrogante de si la raza humana sobrevivirá a la amenaza atómica, dice, muy suelto de cuerpo: "Nos limitaremos a indicar que nuestro libro es uno de los que se han planteado esta cuestión". Se cierra, así un inventario evidentemente incurso en displacencia. Lejos de combatir por nadie o contra nadie, el libro, en efecto, aparece como una fácil distribución de cartas blancas. Evidentemente, h-y "cuestiones" que no se agotan "conociéndolas".

WASHINGTON LOCKHART

* JOSE FELIPE MORA: EL HOMBRE EN LA ENCRUCIJADA.